

CONSTRUYENDO, MORANDO Y PENSANDO: LOS HABITANTES DE LAS CASAS EN ACANTILADO DE LA SIERRA MADRE OCCIDENTAL, EN DURANGO

José Luis Punzo Díaz*

La aparición de casas en acantilado hacia el año 1000 dC en una amplia área que va desde el sur del actual estado de Durango, en la Sierra Madre Occidental, hasta el suroeste de Estados Unidos, en los estados de Colorado y Utah, ha sido en muchas ocasiones homogeneizada y relacionada directamente con grupos como los anazasi o los mogollón del suroeste de Estados Unidos, lo cual ha sido a todas luces una explicación simplista y errónea. Esta idea fue perpetuada por la falta de trabajos sobre este tipo de contextos arqueológicos. Estudios recientes en los estados de Chihuahua y Sonora nos permiten entender que los grupos que moraron la Sierra Madre Occidental en esos tiempos, desarrollaron particularidades y se encontraban íntimamente relacionados con los grupos que habitaron especialmente en el altiplano.

El presente estudio se centra en el sitio de la Cueva del Maguey 1. Se trata de un abrigo que consta de 18 estructuras, incluyendo espacios habitacionales como otros de

* Estudiante del Doctorado en Arqueología, Posgrado en Arqueología, ENAH. Investigador Centro INAH-Durango.

posible uso de almacenaje, y una serie de espacios abiertos donde se encuentran múltiples elementos de cultura material que atestiguan las tareas que ahí se desarrollaron. Junto a éste, en el mismo nivel hemos localizado otros cinco abrigos con distintos restos arquitectónicos, así como ojos de agua y lugares donde se habría practicado la siembra con coa en esta geografía vertical.

El paisaje del oeste de Durango es dominado por la grandeza de la Sierra Madre Occidental. Se trata de un amplio macizo montañoso que corre de norte a sur, coronado por bosques de pinos e innumerables arroyos que van formando profundas barrancas, las cuales desaguan en su mayoría en el océano Pacífico. Los sitios arqueológicos que se tratan en el presente artículo se encuentran dentro de la cuenca del Mezquital-San Pedro, el único río que, naciendo en el flanco este de la sierra, rompe el macizo montañoso, desembocando en el océano Pacífico, en el área de las Marismas Nacionales. La principal elevación de la región es el Cerro Gordo, el cual alcanza 3340 m de altura y el punto más bajo de la barranca llega hasta menos de los 600 m. Esto forma uno de los paisajes más agrestes de la geografía mexicana, siendo una de las barrancas más profundas de Norteamérica, así como uno de los hábitats más diversos en recursos animales y vegetales de México.

Estos abrigos con restos arquitectónicos se encuentran en el arroyo de San Pablo, cercano al parteaguas con el río de Taxicaringa, porción de la cuenca del río Mezquital-San Pedro. La barranca del río de San Pablo tiene un desnivel de más de 300 m, con 2400 msnm en la cumbre y 2100 msnm en el fondo. La “patilla” donde se hallan estos abrigos se encuentra a mitad de camino, aproximadamente a 2250 msnm.

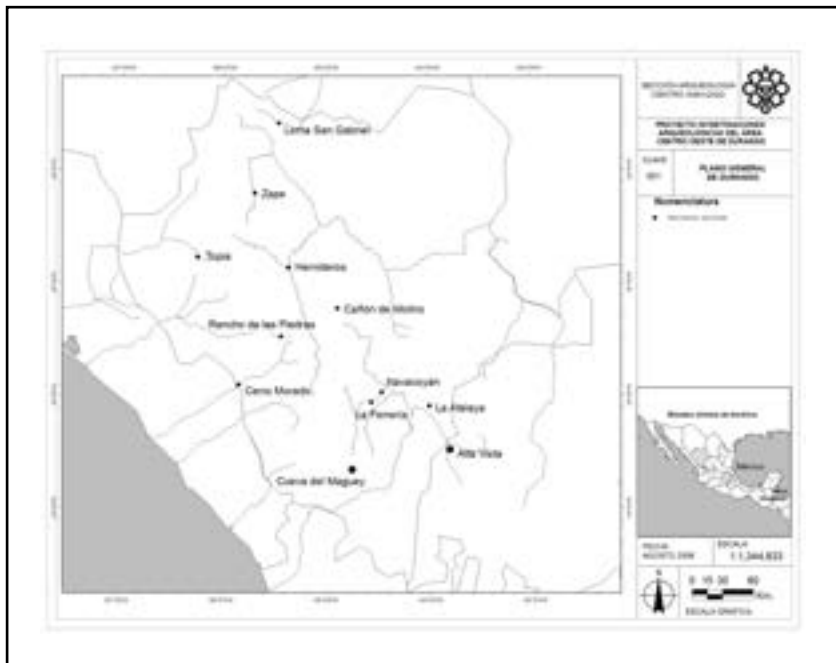
En este mar de pinos habitó una gran cantidad de especies como osos, pumas, venados, lobos, “coconos”, ardillones, entre otros; además, aves como guacamayas y cotorras o grandes pájaros como los cuervos, gavilanes, halcones, aguilillas e incluso el águila real; o impresionantes animales como el ya extinto carpintero imperial.

El clima es muy extremo en la sierra. En invierno cae nieve y todas las mañanas están cubiertas por una gruesa capa de neblina. Es de llamar la atención una lectura del termómetro en un invierno pasado en la estación de Santa Bárbara de -30°C. Generalmente el termómetro llega a bajar hasta -10°C de forma “normal”. El verano en la sierra corresponde a la temporada de “aguas”. En esta temporada, las lluvias son torrenciales y frecuentes, lo

que hace que el tránsito se vuelva muy difícil. Entre las dos estaciones más rigurosas —invierno y “aguas”— el clima es agradable, con una temperatura templada y buena para vivir.

Es así como los grupos que habitaron la Sierra Madre de Durango generaron pautas específicas de vida fuertemente influenciadas por su agreste topografía, lo extremo de sus temperaturas y lo fuerte de las lluvias. Esta particular forma de morar en el mundo creó una única manera de construir al interior de las cuevas, con base en el uso de técnicas específicas que les permitieron vivir en esas condiciones. A partir de este pequeño mundo, intentaremos estudiar la forma en que estas personas moraron —partiendo de la creación de lugares, la construcción, la habilidad individual y las tareas que desarrollaron sus moradores— y generaron con esto una identidad particular.

FIGURA 1
Mapa de ubicación general de la Cueva del Maguey 1



EL PAISAJE, LAS CONSTRUCCIONES Y LOS MORADORES. HACIA UNA ARQUEOLOGÍA DEL MORAR

En este trabajo se comparte la visión de autores como Julian Thomas [2001:173], quien enfatiza que el estudio del paisaje se encuentra directamente relacionado con la experiencia fenomenológica del ser en el mundo [Heidegger, 1971a] y se asocia con la experiencia vivida en torno a un determinado lugar, es decir, “estar en”. Esta característica es importante de señalar, pues establece la cualidad del individuo para sentir, ver, medir, tocar, imaginar, pensar, negociar, dialogar, etc., con su mundo. La relación hombre-espacio establece entonces lugares señalados en donde existe una concordancia con algo más que lo que se piensa encontrar en términos materiales o simbólicos: un lugar es siempre un lugar de “algo”. En resumen, el paisaje es la experiencia relacional y vivencial de las personas, es decir, el ser en el mundo.

Es así que se busca abordar “la perspectiva del morar” —dwelling—, esto nos permite, a través de la experiencia y de la fenomenología, entender a los habitantes del pasado, ya que es la condición humana de morar la que hace experimentar al hombre el estar en “casa en su mundo” [Heidegger, 1971b].

Morar es una característica intrínseca del ser humano, se trata de cómo las personas están en la tierra. Morar incluye el entendimiento y la habilidad de comprender e interpretar los cambios en el mundo a través de las regularidades y las ironías de la vida [Barrett, 1999:24]. Morar, en un sentido amplio, refleja cómo los seres humanos se encuentran en la tierra. El hombre no mora porque construye sus edificios, sino que construye porque mora en ellos. Es en ese sentido que se pretende abordar la problemática sobre la habitación en las cuevas de los antiguos serranos; los distintos tipos de estructuras arquitectónicas y la elección de los espacios son referentes directos que nos indican cómo estos grupos moraron su mundo [Ingold, 2000]. Esta elección de espacios no puede ser entendida de forma aislada, sino que es la totalidad del paisaje la que le da sentido al mismo [Thomas, 2008:304], así, sus transformaciones impactan en la totalidad y no sólo en un espacio reducido.

Los espacios, en esencia, son aquéllos donde cada cuarto o estructura fueron hechos y se encuentran en función de sus límites. El estudio de estos límites se halla supeditado a su localización y a su interrelación con las actividades que las personas desarrollaron. Por esta razón es que se construye,

en virtud de unir y limitar espacios, para formar con estos lugares una carga cultural y de socialización. Es así que la naturaleza de construir es al mismo tiempo la que nos permite morar [Heidegger, 1971b].

No todos los edificios construidos están en función del habitar de las personas. En las casas en acantilado existen múltiples estructuras que fueron construidas no para habitar, sino como lugares de almacenaje, caminos, escaleras o urnas funerarias. Todos estos elementos construidos fueron fundamentales para morar; así, su totalidad, y no sólo los lugares de habitación, les permitieron a las personas morar en su mundo.

Todo el espacio morado es entonces una totalidad circunscrita y completa, donde las personas reflejaron sus prácticas cotidianas y por ende sus ritos y su forma de estar. Es de esa manera que debemos pensar esta totalidad, es decir, como un microcosmos de las personas, como la totalidad de su mundo. Por ende, una arqueología preocupada por el morar de las personas debe basarse en cómo el paisaje fue ocupado, entendido y cómo éste proveyó el contexto para la formulación y ejecución de los proyectos humanos [Thomas, 2008:305].

CONSTRUYENDO DENTRO DE ABRIGOS DE LAS BARRANCAS

“[Los xiximes] viven en casas que hacen de terrado algo bajo y éstas están comúnmente en abrigos y quebradas o lomas llanas que hace la sierra...”

[Hernando de Santarén, Carta annua, 1601]

La construcción de casas dentro de las cuevas de estas barrancas fue una acción realizada por agentes hábiles que pudieron generar estrategias específicas de edificación con madera y tierra para habitar en un mundo prácticamente colgado sobre profundos acantilados, produciendo con ello pautas específicas de vida en este paisaje. La habilidad de los constructores les permitió utilizar dos estrategias constructivas generales: la edificación de mampostería y la de bajareque. En ambos casos, la construcción implicó un arduo trabajo a partir de la obtención de los materiales y su traslado, si bien la edificación de mampostería se realizó mediante el uso de las piedras y las arcillas que se encontraban en las mismas cuevas, implicando con esto menos trabajo y, sobre todo, un proceso de transformación de los objetos menor que en el caso del bajareque.

FIGURA 2
Vista general de la Cueva del Maguey 1



La construcción de mampostería se realizó, primero, formando un cimiento de piedras paradas, enterradas, que sirvió de ancla a la estructura y sobre la cual se construyeron diferentes hiladas de piedras y tierra batida (revuelta con pastos y otras materias orgánicas), formando hiladas más gruesas en la base y más delgadas en la parte superior; sobre ella, se colocaron vigas realizadas por morillos de sección circular, un entramado de madera delgada en sentido perpendicular a las vigas y, posteriormente, una cubierta de tierra que conformó los techos.

Por su parte, el sistema constructivo de bajareque fue el que necesitó de una mayor energía por parte de sus constructores. Se requirió de una gran cantidad de troncos de madera, los cuales no fueron cortados y trasladados al azar, sino que fueron cuidadosamente elegidos. Se usó una especie de pino en particular, conocido como pino triste en la región —o *pinus lumholtzii*, nombrado así por su descubridor, un viajero noruego de finales del siglo XIX—. Este pino es característico de las zonas con poco desarrollo de suelo como lo son estas barrancas. Buscaron solamente pinos jóvenes que tuvieran una

veta muy regular, permitiéndoles con esto pasar al segundo nivel del proceso de transformación que fue su corte longitudinal. Así, estas “rajas” de pino fueron la base con la cual se edificaron estas casas.

Para la construcción de los cuartos se clavaron estas rajadas o a veces algunos morillos sin trabajo, delimitando el espacio de la estructura. Para hacerla más rígida, los constructores bajaron al fondo de los arroyos trayendo manojos de otate o algunas plantas de tallos largos y delgados, pero muy resistentes, las cuales fueron entretejiendo y formando tres cinturones que colocaron alrededor de la estructura, tanto por el interior como por el exterior. Estos cinturones exteriores-interiores, se ataron entre sí y con algunas de las rajadas verticales mediante cordeles trenzados a partir de palma de soyate. Ya con el “esqueleto” armado, estos constructores tuvieron que acarrear grandes cantidades de arcilla que batieron con pasto recolectado de las mesas cercanas, logrando una mezcla de una coloración rosácea. El recubrimiento del “esqueleto” de madera —que era realizado con las manos— debió ser una

FIGURA 3
Esquema de la casa. Cueva del Maguey, Durango.

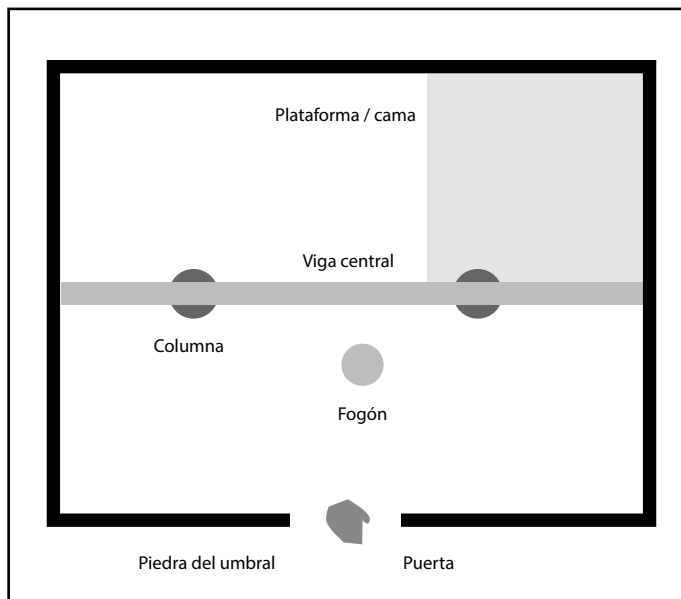


FIGURA 4
Representación virtual del sitio de Cueva del Maguey 1



tarea en la que participaron varias personas de distintas edades, lo cual es evidente en las múltiples huellas de los dedos de diferentes tamaños (incluso hemos podido apreciar líneas horizontales, a baja altura, usando, al parecer, un palo pequeño que parecerían los trazos realizados por un niño durante el proceso de enjarre de la casa).

Ya colocado y oreado el enjarre, se plantaron unos morillos de forma horizontal sobre dos paredes del muro, a manera de dadas. Se debieron colocar las dos columnas interiores características de estas casas y se puso la viga central. Estos son igualmente troncos de pinos tristes, pero más grandes, de 15 cm de diámetro aproximadamente, los cuales fueron despojados de la corteza manteniendo su sección circular. Así, sobre la viga principal y las dadas, se colocaron pequeños morillos a manera de vigas, ahogándolos en tierra batida para fijarlos a la estructura. En algunos casos, cuando no se utilizó la dala, las vigas se asentaron sobre los propios morillos verticales de los muros. Finalmente, se necesitó un trabajo muy intenso para cortar una gran cantidad de troncos de forma longitudinal y generar con ello largas rajadas de pino. Éstas conformaban la “cama” de madera que se colocaba de manera perpendicular a las vigas y a las cuales eran fuertemente atadas con cordeles de soyate. Sobre esta “cama” se agregaba una gruesa capa de tierra batida de 10 cm aproximadamente, similar a la de los muros, lo que permitió servir de techo y piso para las estructuras superiores en caso de haber más de un nivel.

Los cuartos de habitación de estos moradores de las barrancas fueron altamente estandarizados, constituidos por un espacio rectangular de 4x3 m, con elementos interiores recurrentes en cuanto número y ubicación, como

veremos. Ya concluido el cuarto se debió construir el piso interior. Éste se encuentra conformado por una superficie alisada que cubre la totalidad del cuarto; sobre ésta, en una de las esquinas posteriores y ocupando un espacio poco menor a una cuarta parte de la habitación, se desplanta una pequeña banqueta de unos 10 cm de altura, la cual presenta un pulido muy evidente en su superficie. En varios trabajos de campo realizados en comunidades actuales al norte del estado de Durango, pude observar que este tipo de plataformas se usan a manera de camas, para lo cual se pone una capa de “paja” de pino —que podría explicar el pulido de la superficie— luego cubierta por pieles.

El centro del cuarto está marcado por dos columnas circulares de madera que sostienen la viga principal, la cual a su vez sostiene travesaños, rajas de madera y el entortado de tierra del techo, dividiendo el eje central en espacios iguales de 1/3 de distancia. Una de dichas columnas generalmente se encuentra limitando la banqueta que ya describimos. En estas columnas se pueden observar aún huellas de corte, así como cordelería de soyate y otra posiblemente hecha con cabello, colgadas de los travesaños, productos de las tareas que ahí realizaron sus antiguos habitantes, tal vez para colgar telares, según numerosos ejemplos etnográficos, lo que explicaría la abundancia de restos de textiles que encontramos en la cueva. Esta viga central también divide la casa en dos mitades: una posterior, donde se ubica la banqueta de la cama, y otra anterior, marcada por el fogón.

El fogón, en forma de cono trunco invertido y pulido en su interior, aparece centrado aunque desplazado levemente hacia la entrada. Es importante mencionar que el interior de todos los lugares de habitación se encuentran profundamente ahumados. Esto es fácilmente comprensible si tomamos en cuenta lo bajo de las temperaturas en este lugar durante todo el año. Asimismo, cabe recalcar el papel fundamental que tiene el fogón a nivel simbólico, como lugar de residencia del dios del fuego, “omblogo de la casa”, y como el centro de múltiples actividades rituales en la cosmovisión de los pueblos indígenas actuales del gran Nayar.

La puerta de estas estructuras es de baja altura, esto es, de un metro en promedio. En estas puertas es posible observar aún una especie de aura en todo su rededor, producto de las reparaciones que se hicieron debido al uso, y que les redondearon las esquinas. En las fuentes de finales del siglo XVI se

observa que las puertas de las casas de acaxées y xiximes, habitantes de estas sierras, tenían una vara de alto, cerca de 80 cm, y eran de forma “redonda” [González, 1993:375], lo que corresponde exactamente a lo observado hoy en día.

Es relevante mencionar que, colocada en el umbral de la puerta, se encuentra una piedra plana, en algunos casos parcialmente expuesta, donde los antiguos habitantes debieron pisar para entrar o salir del cuarto. Este umbral es entonces el espacio liminal entre dos partes, el interior de la casa y el exterior; espacios opuestos, el primero, oscuro, privado e íntimo, y el segundo, luminoso y público.

Una cuestión que debe ser tomada en consideración es que el hecho de que las casas habitación sean tan estándares en cuanto a su construcción, en dimensiones de los muros, alturas, número de columnas, posición del fogón, ubicación, forma y tamaño de las puertas, nos hace necesariamente pensar que esta casa tiene más que un significado funcional. Así, la construcción de estas casas parece responder a un cierto habitus [Bourdieu, 2007:88] de sus constructores. De este modo, el espacio habitado, y en especial la casa, como el lugar donde las prácticas y las personas se encuentran forzando las posturas y los movimientos del cuerpo —cuestiones como el agacharse de forma pronunciada para entrar o salir de la casa, traspasando la piedra de umbral—, definitivamente marcó la forma de vivir de los habitantes de las cuevas, por citar solamente un ejemplo de estas prácticas culturales.

Anexas a estos cuartos, se realizaron otras edificaciones algunas veces de mampostería y otras más de bajareque, construidas posteriormente. Éstas son de dimensiones más pequeñas, la altura del techo es aproximadamente un tercio más baja que las de la habitación, y sus puertas son redondas y se encuentran elevadas del piso. Estas estructuras fueron usadas posiblemente como lugares de almacenaje para el maíz o posiblemente como jaulas para distintas aves, ya que en algunas de ellas se han encontrado plumas. Diversas fuentes mencionan que los habitantes de la sierra criaban “papagayos y guacamayas” para “pelarlos” a menudo y adornarse con sus plumas [González, 1993:382].

Todos estos lugares se encuentran conectados por espacios que no tienen edificaciones pero que fueron los lugares donde se desarrollaba la mayor parte de las tareas cotidianas de los habitantes de estas cuevas. En estos

lugares hemos localizado grandes cantidades de objetos de cerámica, lítica tallada, pulida, restos de olotes; huesos de diferentes animales, especialmente de venados, que presentan huellas de corte, producto de su consumo y destazamiento; huesos de frutos como el zapote, el cual fue traído desde las partes más calidas de la barranca; restos de carrizos de otate grabados, posiblemente flechas rituales e incluso una pequeña mesa de madera en la que aún se pueden ver los cortes y diminutas semillas en su superficie, producto de acciones que sobre ella ejecutaron.¹ En ese sentido, en las cartas annuas de los jesuitas que evangelizaron la sierra, se menciona que en estas casas, a finales del siglo XVI, se plantaba un árbol de zapote y al pie de éste se dejaba una flecha o algún hueso colgado a manera de ofrenda. Escena cargada de un fuerte simbolismo ritual asociado con la guerra y la muerte [González, 1993:375].

Es importante entender que es la orientación de las fachadas, y por ende las puertas, las que ordenan el espacio [Bourdieu, 2007:433]. Esta orientación nos permite entender cómo cada una de las casas tiene sus estructuras anexas, cuestión que poco tiene que ver con sus ligas arquitectónicas y más con las posturas y los caminos que se establecieron al interior del conjunto de casas. Así, las restricciones del movimiento de las personas y de sus visuales marcan espacios acotados que nos refieren a usos particulares, los cuales se integran a la totalidad de la cueva, pero como unidades que conforman el todo.

MORAR EN LA BARRANCA

El espacio habitado, y especialmente la casa, es el lugar donde se objetivan los esquemas y las divisiones jerárquicas que se establecen entre los objetos, entre las prácticas y las personas, reflejando las pautas culturales de la sociedad [Bourdieu, 2007:124]. Debido a lo anterior, podemos adentrarnos a investigar el tipo de tareas que se habrían desarrollado en estos espacios y sus posibles significados tanto funcionales como simbólicos. Una posible vía de análisis es a través del uso de dicotomías tales como el uso que tuvieron los mismos espacios durante la noche o el día, o bien, durante diferentes épocas del año.

1. En etnografías y fotografías antiguas, piezas similares a esta mesa fueron usadas por los tepehuanes del norte a manera de almohadas.

Esto nos lleva necesariamente a reflexionar sobre las categorías y las actividades planteadas por los arqueólogos en las que se asume que los lugares de actividad fueron siempre usados de la misma forma, por lo que generan una única huella material, cuestión simplista y errónea. Así, por ejemplo, si pensamos en el uso posible de una casa, podemos plantear que durante el día estos espacios prácticamente sin luz fueron poco utilizados, es decir, pudieron estar vacíos y/o se desarrollaron pocas actividades en su interior. Sin embargo, en las noches y junto a la luz y calor del fogón la casa se convertiría en el elemento central de la vida, por lo que múltiples actividades nocturnas pudieron ser desarrolladas al interior de la casa, al abrigo del frío y de la oscuridad.

Es así que las construcciones al interior de las cuevas y la adecuación de los espacios que se ubican entre éstas no fueron los únicos lugares que significaron estos moradores de las barrancas. Fue justamente el aprovechamiento y significación de los lugares lo que les permitió morar en esta agreste topografía. De este modo, el arqueólogo no puede limitarse al estudio de los vestigios arquitectónicos, sino que debe estudiar el paisaje como una totalidad para entender sus significados y adentrarse así en las pautas de identidad de sus habitantes.

El lugar más evidente que significaron estos grupos fueron las cuevas. Esto puede tener una gran cantidad de interpretaciones que van desde lo simbólico hasta lo funcional. Estos abrigos, al ser humanizados —a través de su elección, su transformación arquitectónica mediante terrazas de nivelación, generación de espacios abiertos, la pintura de sus paredes, la construcción de diferentes cuartos destinados a diversas tareas, etc.—, se convirtieron en lugares ideales para la morada de estos grupos. A su vez, el techo del abrigo les generaba un espacio amplio donde podían desarrollar sus actividades cotidianas protegidos de las fuertes nevadas en el invierno y de las lluvias torrenciales de verano. El abrigo entonces, ayuda a mantener una temperatura más estable, impidiendo la exposición al frío o al calor extremo. Al respecto, cabe mencionar que en un estudio que está en curso y en el que se hicieron comparaciones de temperatura, asoleamiento, humedad y viento, observamos que la diferencia de temperatura entre lo alto de las mesas, donde se encuentran los poblados actuales, y las cuevas con casas en acantilado, es de 9°C de máxima y 5°C de mínima, siendo más cálido el invierno y más fresco el verano dentro de las cuevas.

La elección misma de la cueva también fue importante. Se trata de una cueva con orientación general al sur, lo que le permite tener en invierno muchas horas de asoleamiento en prácticamente toda la cueva, y sombra al interior durante todo el verano, generando un espacio con un alto confort.

El mundo de la Cueva del Maguey incluía otros lugares además de los abrigos. Por un lado, están las fuertes pendientes que se encuentran al exterior de las cuevas y que la gente de la sierra llama coloquialmente “patillas”. Esta geografía vertical les permitió a los moradores de estas barrancas sembrar, con el uso de la coa, maíz y posiblemente frijol y calabaza. Los llamados coamiles siguen siendo usados hoy en día por los grupos indígenas de la región del Gran Nayar, entre ellos los tepehuanes, quienes viven actualmente en comunidades aledañas. Para ellos, estos lugares son de un profundo significado religioso, tanto por la importancia de la planta del maíz en su cosmovisión, como por ser lugares donde muchos de sus dioses interactúan con los hombres, como se evidencia a través de sus cantos y mitos.

Por otro lado, los múltiples ojos de agua que se encuentran en estas “patillas” y la abundancia con la que se presentan permitieron a sus habitantes abastecerse cómodamente de este vital líquido. Un punto fundamental fueron los caminos que construyeron para comunicar las distintas cuevas con casas, así como para trasladarse a las áreas de coamiles, al fondo de la barranca, donde incluso tallaron escalones para poder bajar y subir de forma directa y acceder a las veredas que comunicaban con las mesas en la parte alta. Estos caminos les permitieron transitar por la sierra, abastecerse de los materiales necesarios para su vida cotidiana, cazar los abundantes animales que ahí se encontraban y poder reproducir socialmente al grupo.

Así, aunque desde nuestra perspectiva occidental y moderna parecería ilógico vivir en esas barrancas, como hemos podido ver desde la perspectiva de morar en el mundo, estos antiguos habitantes de las barrancas encontraron el lugar que posiblemente mejor servía para su vida. Asimismo, tanto las edificaciones como la construcción de su paisaje les proporcionaron a los moradores de las barrancas importantes referentes simbólicos y rituales, significantes en su vida diaria.

BIBLIOGRAFÍA

Barrett, John C.

1999 "Chronologies of Landscapes", en Ucko, Peter y Robert Layton (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape*, Londres, Routledge.

Bourdieu, Pierre

2007 (1980) *El sentido práctico*, Argentina, Siglo XXI.

Gonzalez, Luis R.

1993 "La etnografía acaxée de Hernando de Santarén", en *El noroeste novohispano en la época colonial*, México, UNAM-IA/Porrúa.

Heidegger, Martin

1971a *El ser y el tiempo*, México, FCE.

1971b "Building Dwelling Thinking", en *Poetry, Language, Thought*, Albert Hofstadter (trad.), Nueva York, Harper Colophon Books.

Ingold, Tim

2000 "Building, dwelling, living: how animals and people make themselves at home in the world", en *The Perception of the Environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*, Londres, Routledge.

Thomas, Julian

2001 "Archaeologies of place and landscape", en Hodder, Ian (ed.), *Archaeological Theory Today*, London, Polity.

2008 "Archaeology, landscape, and dwelling", en David, Bruno y Julian Thomas (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*, EUA, Left Coast Press, pp. 300-306.